

querer hablar yo de esta ciudad (1). En Pera hay muchos mesones que se parecen á los de Europa, y los mozos que llevaban mi equipage me condujeron á uno de ellos. De allí me trasladé al palacio de la embajada francesa. En París habia tenido el honor de ver al señor general Sebastiani, embajador de Francia cerca de la Puerta; y este, no solo se empeñó en que habia de comer con él todos los dias, sino que tambien me instó con mucha eficacia para que me hospedase en el palacio, á cuya delicadeza resisti por no abusar de tanta cortesania. Los señores Franchini hermanos, primeros dragomanes de la embajada, me proporcionaron, por disposicion del general, los firmanes necesarios para hacer mi viage á Jerusalem; y el señor embajador me dió ademas cartas de recomendacion para el padre guardian de la Tierra Santa y para los cónsules franceses en Egipto y en Siria. Y aun temiendo que me faltase dinero, me permitió que librase contra él letras de cambio á la vista siempre que me fuera necesario; en una palabra, añadiendo á estos servicios de la mayor importancia las atenciones de la política, quiso él mismo hacerme el obsequio de acompañarme para ver Constantinopla, tomándose la molestia de visitar conmigo los monumentos mas notables. Sus ayudantes de campo y todos los individuos de la legacion, me obsequiaron tanto, que no sabia cómo corresponder; y hoy es un deber mio manifestar aqui toda mi gratitud.

No sé como debo hablar de otra persona no menos apreciable, y de quien era mi obligacion hacer el primer elogio. Su excesiva delicadeza iba acompañada de una gracia infinita y seductora; pero triste al mismo tiempo, como si presintiese su suerte malhadada; era, sin embargo, feliz y una circunstancia particular aumentaba mas aun esta felicidad. Yo mismo tuve el honor de participar de esta alegría, que debia convertirse en luto. Cuando salí de Constantinopla, Mad. Sebastiani se hallaba robusta, sana y llena de esperanza y de juventud; y antes de regresar á mi pais, ya no pudo aquella amable señora oír la expresion de mi reconocimiento.

... Troja infelice sepultum
Detinet extremo terra aliena solo.

Por entonces habia en Constantinopla una diputacion de los padres de la Tierra Santa, que habian venido á reclamar la proteccion del embajador contra la tirania de los comandantes de Jerusalem; y estos padres me dieron cartas de recomendacion para Jaffa. Tambien tuve la dicha de que estuviese pronto para hacerse á la vela el navío donde iban los peregrinos griegos á la Siria. Hallábase en la rada y debia hacerse á la vela asi que se levantase viento favorable: de modo que si hubiese verificado mi viage á la Troade, como habia deseado, no hubiera podido hacer el de Palestina. Pronto arreglé con el capitán del buque el precio de mi viage, y el embajador me envió á bordo las provisiones mas esquisitas, y un intérprete griego llamado Juan, criado de los señores Franchini. Colmado, pues, de las mayores

atenciones y favores, el dia 18 de setiembre á medio dia pasé á bordo del navío de los peregrinos.

Confieso que, á pesar del buen trato que recibí en Constantinopla, me alegré mucho salir pronto de aquella ciudad; porque toda su hermosura se desvanecia á mi vista cuando pensaba que aquellas campiñas solo han sido habitadas por griegos del Bajo Imperio, y ahora por los turcos; y parecíame, por un contraste funesto, que esclavos tan viles, ni tiranos tan bárbaros no debian jamás haber deshonrado tan bello pais. El mismo dia que llegué á Constantinopla se verificó una revolucio; pues los rebeldes de Romelia habian llegado hasta las mismas puertas de la ciudad. Obligado Selim á ceder á la tempestad, habia separado y desterrado á los ministros que no eran de la devocion de los génizaros, y á cada instante se esperaba oír el cañonazo que anunciase la caida de las cabezas proscriptas. Cuando yo contemplaba los árboles y el palacio del serrallo, no podia dejar de compadecer al dueño de aquel vasto imperio (4). ¡Ah! ¡cuán miserables son los déspotas en medio de su opulencia, y cuán débiles en medio de su poder! ¡Ellos se complacen en hacer llorar á los hombres, sin recordar jamás que ellos tampoco están seguros, y sin poder disfrutar un momento de aquel mismo sueño de que privan á los desgraciados!

Así, pues, no podia serme grata la permanencia en Constantinopla; porque yo deseaba recorrer aquellos lugares embellecidos por las virtudes y las artes, y ni uno ni otro se hallaba en la patria de las Focas y de los Bayacetos. Pronto se cumplieron mis deseos; porque el mismo dia en que me embarqué, nos hicimos á la vela á las cuatro de la tarde. Bogábamos con viento Norte y nos dirigíamos á Jerusalem, á la sombra del estandarte de la cruz que ondeaba en los mástiles de nuestro navío.

PARA DESENTENDERSE DE UNA NOVIA.

ANECDOTA DE COSTUMBRES.

I.

Todo el mundo habia vuelto á ocupar sus asientos en el teatro; el salon de descanso estaba desierto; ni aun siquiera habia quedado algun forastero para admirar los dorados arabescos y bajos relieves que lo decoran, para contar despues á sus paisanos las estupendas cosas que habia visto; pero no era de estrañar, porque iba á principiar el último acto del baile y no podia dejarse de ver las piruetas y cabriolas del final, so pena de perder todo el interés que habian inspirado los anteriores. Todos los espectadores ocupaban, pues, sus asientos, con mucho contentamiento de las acomodadoras, que deseaban continuar el sueño tres ó cuatro veces interrumpido aquella noche. Verdaderamente es esta la hora mas llena de encantos para los verdaderos aficionados; se ha hecho la digestion, y los oídos se han alimentado con la competente dosis de armonía que la costumbre ha hecho indispensable; es este el crítico momento en que los noveleros, agrupados junto á las chimeneas, refieren las noticias que han ocurrido despues de haberse cerrado la bolsa. Feliz, tres veces feliz, el que puede contar una bancarrota inédita, el triunfo ó el fiasco

(1) El fin de Selim ha justificado plenamente aquel impulso de mi compasion.

de una pieza nueva, el cambio de ministerio, una declaracion de guerra; á falta de estos grandes acontecimientos que rara vez confirman los periódicos, se consuelan con divulgar la crónica escandalosa del dia, criticar y murmurar del director del establecimiento... ¿hay cosa mas dulce que hablar mal del dueño de la casa?

Por una rara casualidad, la noche de que hablamos, dos elegantes jóvenes, despues de haber gastado, por decirlo así, el estaño del espejo, consultando el airoso lazo de sus corbatas, el acertado corte de los chalecos, y despues de haber dado tormento á sus patillas y acariciado sus largos vigotes, se arrellanaron en dos butacas junto á la chimenea; en sus charoladas botas se reflejaba la dorada barandilla del guarda fuego, y sus fastidiadas cabezas estaban casi sepultadas en el mullido respaldo de los asientos.

Anatolio, dijo despues de un largo silencio el mas fastidiado ¿sigues todavía con tu ratita?

—No, la he abandonado á su mala ventura hace dos dias.

—¡Bravísimo! ¿pero qué ha ocurrido que te ha obligado á tomar tan séria determinacion?

—Una friolera; pero antes dime ¿cómo sigues con tu pantera?

—Tambien la he dado dimisorias.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor! pero dime ¿por qué has abandonado á tu vichillo?

—Figúrate tú, contestó Anatolio, que se habia encaprichado en que habia de bailar un solo, que como sabes es la manía de todas las figurantas; yo por librarme de sus importunidades tuve la debilidad de prometérselo, y mi promesa no cayó en saco roto.—¿Te has acordado del solo? era lo primero que me preguntaba luego que me veia; no te olvides de mi solo, repetia siempre cuando me retiraba; de las súplicas pasó á las amenazas; soñaba, deliraba con el dichoso solo; quiero bailar un solo, exclamaba de continuo, soy la mas desgraciada criatura, todas lo consiguen menos yo, ¡estoy avergonzada, envilecida! habla con el director, á los periodistas, quiero bailar un solo ó la muerte!

—¡Qué rata tan infernal!

—¡Infernal, dices bien, diabólica! En fin, para acallarla hice que se insertase en los periódicos: «La señorita Florencia está ciertamente desatendida, y no ocupa el lugar que la corresponde en los bailes; tiene derecho á figurar en primer término esta artista, digna émula de las Taglioni, las Noblet y las Ellsler.»

—Por fin ya principia á hacerse justicia, dijo ella con el mayor desdoro y desfachatez, olvidándose de que este acto de justicia me habia costado seiscientos francos.

—Puedes darlos por bien empleados, porque así cesaría de atormentarte.

—¡Sí, que si quieres! el director de bailes jamás ha querido condescender; ha dicho que mejor compondría un solo para que lo bailase la cúpula de los Inválidos ó las diligencias de Caillard. Referi al pie de la letra esta contestacion á la ratita.

—¿Cómo se pondría!

—Puedes figurártelo: yo creí que se desesperaba; hizo pedazos la contrata, que afortunadamente no era enfiteútica; quiso dar fuego á la escribanía, asesinar al director, qué se yo qué locuras mas; ahora le quedan trescientos francos y los regalos que reciba.

—¡Ya serán buenos!

—Estás al corriente de mi asunto; ahora cuéntame tú lo ocurrido con tu pantera; sé que quería hacer su *debut* en el teatro de los baluartes; me divertí tanto la noche que comimos en casa de la Minnetta, oyéndole declamar algunos versos de Ricardo de Arlington...

—Esta era su manía favorita; en vano la decía yo que esta carrera difícil no se emprende á los veinte y nueve años...

—¿Veinte y nueve? ya puedes echarle los treinta bien cumplidos.

—Así lo creo; pero de nada sirvieron mis amonestaciones; todas las noches me martirizaba los oídos con la cantinela de ¡pobre madre! ¡desventurada esposa! ¡padre desgraciado!... ¡Barrabás que cargue con ella!

En resumidas cuentas su casa llegó á ser el punto de reunion de todos los actores de los teatros de la puerta de San Martín, del Ambigú, del de la puerta de San Antonio, etc. El otro día fui á su casa, ella había salido, y ya sabes lo descuidada que es: cómodas, guardaropa, baules, todo estaba abierto; maquinalmente y por entretenerme un rato tiré de un cajoncito del tocador, y ¿qué te parece que había dentro?

—A buen seguro que no serían billetes de banco.

—Eran de otra especie: declaraciones amorosas de los actores de varios teatros; componían un voluminoso legajo de perfumados billetes atestados de doradas promesas, convites, citas... ¡qué se yo cuántas cosas mas! Ella, que no es de piedra, no podía rehusar, es claro; así que al cabo de algunos meses de instrucción firmó una brillante contrata con un director de su elección.

—Y por consiguiente has enviado á pasar á tu pantera.

—Lo mismo que has hecho tú con tu vichillo; me he vengado haciendo litografiar su correspondencia amorosa en papel satinado, con viñetas, grabados y orlas coloridas, y le he enviado un ejemplar lujosamente encuadrado en tafilete.

—¡Bravo, brabísimo! ¿con que ya estás libre?

—Lo mismo que tú, Anatolio.

—¡Dichosos vosotros! que no pueda decir yo otro tanto! exclamó otro jóven arrimándose al fuego y tomando asiento entre los dos interlocutores.

—La cosa es bien fácil, Leonardo, contestó Anatolio, ¿tienes mas que imitarnos?

—¡Que os imite! ¡es imposible! mi querida me profesa un amor tan sincero, tan desinteresado...

—¡Prodigio, milagro! ¡con que eres amado solo por ser quien eres! vaya que este caballero ha llegado ayer del país de los encantos... mira, mira, Estéfano, todavía tiene el vestido lleno de polvo del camino.

—Di cuanto quieras, Anatolio, pero cree que yo jamás quisiera ser amado de otra manera.

—No seas necio, Leonardo, mira que ya no estamos en el colegio, y hace tiempo que no traducimos á Ovidio: ¿por qué pretendes ser tu el privilegiado, el predilecto, una escepcion de la regla general? Las mugeres á los que no las regalan los desprecian, los llaman mezquinos, tacaños, miserables... doloroso es por cierto tener que comprar el amor y asignar quinientos francos mensuales para que la querida ocupe un cuarto suntuoso, mantenga doncella que le ajuste el corsé, etc., ¿pero se obtiene de otro modo en este

mundo miserable? ¡Anda inocentón! únicamente vosotros los provinciales sois los que veis visiones, los que creéis que sois amados por vosotros mismos, y que el amor suple por los trages, los chales y las joyas: amigo mio, el amor es el lujo; el que no tenga con que sostenerlo que renuncie á él.

—Lo que dice Anatolio, añadió gravemente Estéfano, es el Evangelio, aunque estoy convencido que no habla contigo Leonardo, y si no dime francamente, ¿cuánto llevas gastado con esa desinteresada beldad ¡oh felicidad nunca vista ni oída! que te ama únicamente por ser quien eres?

—Nada, casi nada, una bicoca.

—¿Cuánto tiempo ha que la tratas?

—Unos seis meses.

—¿Qué la regalaste el día de año nuevo?...

—Un estuche con palillos para los dientes.

—¿De Lesage?

—Justamente, de Lesage.

—¡Bueno! doscientos francos.

—¿Y el día de su cumpleaños?

—Unas friolerillas: algunos adornos de bronce para encima de la chimenea.

—Es decir un reloj, dos candelabros, etc., etc., añadamos mil quinientos francos: por supuesto que un día sin otro le envias un ramillete de flores.

—Cabalmente los días impares.

—Sea en hora buena, monta este renglón á quinientos francos. Por supuesto que si alguna vez apetece asistir al teatro le tomas palco: supongamos mil francos, y agreguemos tambien al cargo los regalillos que haces á su doncella, porque estas señoritas no son tan desinteresadas como sus amas: me parece que no será exagerada la partida si la tasa en cien escudos. Suma total de gastos calculados por lo bajo: cinco mil trescientos francos. Una muger que no te hubiese amado tan desinteresadamente no te hubiese tenido de costa en igual espacio de tiempo mas arriba de tres mil francos, por consiguiente has gastado dos mil quinientos francos demas. ¿Cuesta tan caro un amor puro y desinteresado? ¿Qué respondes á esto?

—Mucho: en primer lugar que ella no recibe en su mano estas cantidades, si no que...

—¡Estupendo, has desvanecido la dificultad! pero tu entregas directamente el dinero á los abastecedores de tu querida... ¡otra majadería! mas estiman estas ninfas un billete de banco de mil francos entregados en mano propia y reducirlo á metálico cuando les acomode, que dos mil francos invertidos en regalos...

—Amigo, ¿te propones asesinar mi ilusión?

—No, querido, pero quiero rasgar el velo á la hipocresía; mas vamos á otra cosa: decias tambien que te alegrarias estar libre como nosotros, ¿qué significa esto? ¿acaso te fastidia ya ese amor tan sincero y desinteresado?

—Nada de eso, estoy muy lejos de semejante cosa; pero la señora de mis pensamientos se ha empeñado en hacer un viaje á Italia, porque teme á su marido que debe regresar de un momento á otro: y creed que ya estaria en camino á no ser por el grande sentimiento que experimentaria al separarme de vosotros, y lo mismo de mi amigo Arturo.

—¡Pardiez! exclamó Anatolio, si no es triba mas que en esto la dificultad pronto está vencida: nosotros te acompañaremos:

es un viaje de un par de meses, y si Estéfano se conviene estamos listos.

—Yo digo que sí, contestó este.

—Amigos míos, habeis comprometido vuestra palabra y ya no hay excusa.

—Y ademas lo juramos, añadieron Anatolio y Estéfano.

—Pero entendámonos: por supuesto que los gastos del viaje han de correr por mi cuenta; sin esta condicion no acepto.

—Es igual; pero entonces, amigo Leonardo, tendrás que cargar diez ó doce mil francos mas á la cuenta de tu desinteresado amor.

—Basta ya de chanzas, Anatolio; voy á ser feliz en esta expedicion, porque me figuraré que llevo dentro del carruaje el café de París, á Tortoni y la chimenea de la ópera personificados.

—Me ocurre una dificultad no pequeña... Arturo...

—Arturo... repetía Estéfano.

—De Arturo me encargo yo, contestó Leonardo, esta noche cenamos juntos, venid vosotros tambien, y vereis como entre todos le hacemos consentir en que sea de la partida.

—No hay pues que perder tiempo, observó Estéfano por que ya es cerca de media noche.

—Allons, gritó Leonardo, mi coche nos está esperando.

Los tres amigos abandonaron sus butacas tarareando

Viva Venecia la bella
cantemos regocijados dentro de la góndola
pintada
la animada barquerola.

Quando el coche de Leonardo desembocaba por la calle Piron la muchedumbre obstruía la de Pelletier: los provinciales invadían las fondas del Norte y Mediodía encomiando los asombrosos pasos de Monjoye el turco mas primoroso de todos los bailarines, ó el mas primoroso bailarín de todos los turcos.

(Se continuará.)

ANTIGUEDADES ROMANAS.

En un lugar cerca de la Haya, llamado Voorbrug, hay una casa de campo conocida por el nombre de Aremsburg. Se ha hecho en ella el descubrimiento importante de las ruinas de un edificio que data de la época de los romanos, y en cuyas piedras existe el sello de las legiones 40, 46 y 30. Se han encontrado al mismo tiempo los restos de un gran número de cántaros de vino y aceite, de muebles, de adornos de casa, etc. Dicho edificio parece asemejarse á la *villæ romanæ*, cuyos restos se han encontrado en Inglaterra. Verdad es que la fortaleza romana situada en la embocadura del Rhin (en el día absorbida por el mar), que tenia el título de *het Huis te Britten*, no tenia la menor semejanza con el edificio de Voorbrug, y era mas pequeña.

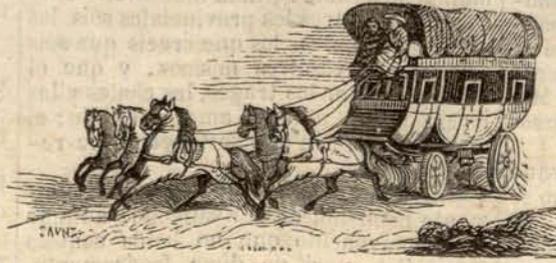
MADRID: 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,

calle de Santa Teresa núm. 8.



Valenciano.



Estremeño.

GUIA

DEL VIAGERO EN ESPAÑA.

POR DON F. DE P. MELLADO.

QUINTA EDICION.

CONSIDERABLEMENTE CORREGIDA Y AUMENTADA.

Un tomo en 8.º marquilla de mas de 500 páginas, edicion muy esmerada, en buen papel, con 20 grabados aparte del testo, estampados sobre color, y un mapa itinerario, topográfico y de caminos, hecho espresamente para acompañar á esta obra.

Se vende á 24 rs. encuadernada en tela con planchas de relieve y letras doradas, en Madrid en el Gabinete literario, calle del Príncipe, núm. 25, y en provincia á 24 rs. en rústica y 28 encuadernada, en casa de los correspondientes del establecimiento de Mellado.

El mapa suelto, estampado en papel grueso á propósito para colocarse en un cuadro, se vende á 8 rs. en Madrid y 40 en provincia.



Manchega.



Fuencarralera.



Asturiano.



Alcarreño.